

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8) *«Que Dios tenga piedad y nos bendiga»*

2ª lectura (Gálatas 4, 4-7): *Así que ya no eres esclavo.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *Encontraron al Niño acostado en un pesebre.*

¡En torno al pesebre! Aquí inicia el relato evangélico de este primer día del año. En Belén y en torno al pesebre. Según la descripción lucana en ese momento se encuentran en ese lugar María, José, el Niño y los pastores que llegan corriendo a comprobar todo lo que les había anunciado el ángel. La admiración que va a inundar todo el pesebre y a los que allí están surge del relato –seguro que emocionado– que realizan los pastores. Seguro que fue un relato atropellado por los nervios y la emoción. Aquí no aparece explicitado el contenido de ese relato, pero es necesario que lo recordemos. Esa misma noche, momentos antes, un ángel del Señor les anunció un nacimiento que se había producido en la ciudad de David y que llenaría a todo el pueblo de infinita alegría. Había nacido el Mesías esperado, el Salvador de Israel y de todos los pueblos que creyeran en él.

Fijémonos en María. María participa de esa admiración ante las noticias que traen los pastores. No es, a buen seguro, la primera vez que María queda admirada de los planes de Dios. Cómo no recordar la escena de la Anunciación, cuando el Ángel le comunicó los planes que Dios tenía para ella. El *«hágase»* de María, la convierte también en mujer admirable. Ella se admira sí, de lo que significa ser la madre del Hijo de Dios, pero María lo conserva todo en su corazón, aunque no lo entienda. Conserva, medita, y acepta los planes de Dios para ella sin hacer ruido, sin buscar ningún protagonismo, sin ya poner objeciones. Y la Palabra de Dios se cumplió en María y de su seno nació el hijo de Dios, nuestro Salvador. Desde ese momento María también se convirtió en una criatura única, pues ninguna otra mujer ha llevado ni llevará en su seno al hijo de Dios. Recordamos las palabras que le dirigió su prima Isabel: *«Bendita tú eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre»*.

La serena alegría de María contrasta con la desbordante alegría de los pastores que se marcharon del pesebre *«dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto»*. Esta actitud de agradecimiento y alabanza a Dios es un marco extraordinario para este primer día del año. Que siempre es día de balance de lo vivido, de esperanza por lo que está por delante. Muchas páginas en blanco por escribir. El año nuevo, cada día nuevo es un regalo de Dios para celebrar todo lo que Dios nos ha concedido en su hijo Jesús y en nuestra Madre María.

Todo lo que el Misterio de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios supone de comienzo e iniciación de una nueva realidad histórica está plenamente relacionado con la figura de la Madre, como máximo exponente de la colaboración plena con el designio divino para la realización de este misterio. La liturgia de la Iglesia celebra así al comienzo del año el agradecimiento de la bondad de Dios. Es como una nueva oportunidad que se nos da para comenzar de nuevo. Y es que con María el nacimiento de un hijo ha cobrado un nuevo valor; la vida ya no es solo una realidad fisiológica que tendrá su último suspiro en la muerte, sino el comienzo visible de un designio de Dios que toma carne y vida en el seno de una mujer.

Durante mucho tiempo se discutió acerca de la maternidad de María, si era o no Madre de Dios o sólo de la naturaleza humana de Jesús. La mayor dificultad radicaba en la visión dicotómica de la persona de Cristo con dos naturalezas, como si pudiera separarse la una de la otra en la única persona de Cristo. Es indudable que María era la Madre de ese Niño que nació en su seno, y también lo es que ese Niño era el Hijo de Dios. Habría que negar el hecho de la Encarnación para privar a María de ese título de Madre de Dios ya que no cabe la separación de dos naturalezas. El nacimiento de Jesús del seno de María es el testimonio más fehaciente de la humanidad del Hijo que se nos ha dado.

La grandeza de María se hace patente en ese misterio insondable que en su seno se produce. Ningún poder o vigor humano es capaz por sí solo de infundir naturaleza divina en el seno de María; la única fuerza fecundante de lo divino es la misma energía divina, que personalmente conocemos como el Espíritu Santo. A Él corresponde llevar a plenitud el designio eterno del Padre que se hace patente en la historia en la concepción virginal de María; Nadie, sólo el Eterno, decide el momento y modo de hacerse historia. Dicho de forma clara, el hombre no puede hacerse Dios; pero el Todopoderoso, Dios, sí puede hacerse hombre; basta con quererlo y ese querer de Dios es lo que se ha manifestado en la afirmación de María al pronunciar: *«Hágase en mí según tu voluntad»*.

Resulta claro que esa acción misteriosa de Dios no altera en absoluto la libertad humana ni pone en segundo plano la omnipotencia y benevolencia divina. Todo se desarrolla en ese clima de amor eterno causa y origen de todo. El comienzo de esta realidad lo celebra la Iglesia al empezar un nuevo año dándole así a este inicio el sentido de una novedad radical que garantiza un clima de paz y bienestar trascendente.

La bendición más solemne que conoce el antiguo pueblo de Dios es la promesa de paz que lleva consigo invocar el nombre del Señor. Que en este año nuevo no olvidemos nunca ese principio tan querido: **¡A Jesús por María!** Que nuestra Madre la Virgen nos lleve siempre hasta Jesús.